

"Tengo miedo lorero", de Pedro Lemebel

Obviedad en tono rosa

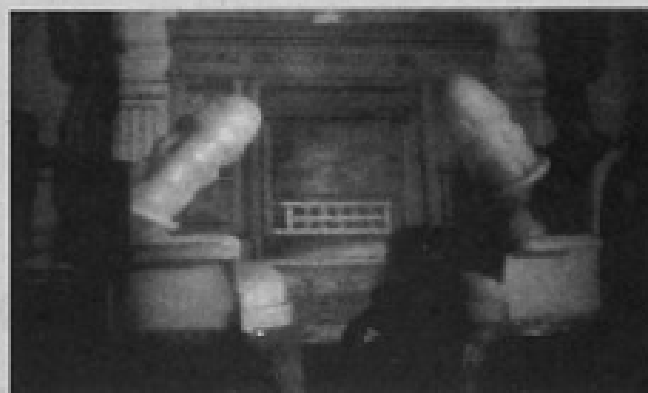
Al comienzo de la novela, porque esta disección sentimental breve, usó de el tamaño del mismo, una nota nos explica que la obra surge de "varios pálpitos escritos a fines de los 80, y que permeaban por años insuperables entre aburridos, mollos de ensaño y cuentos que mezclaban de rojo la religión romana de sus letras". Una historia que el autor ha
haya encontrado, porque este verdadero cadáver literario, folletín rancio, hueco y campante. Pedro Lemebel, no es más que una novela rosa convencional, sólo que en vez de una muchacha primerosa, cándida y relativamente estúpida, nos encontramos con un gay sin cerebro. Su personaje, un miembro del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, se inspira del héroe de cuentos infantiles, llenado principios, varruto, gallardo, consecuente y heroico. Sólo la falta un escudo blanco. En todo caso, y estas son licencias que me permitan, cada el escritor se refiere de la sección con mala puntería y chuladerías. Por otra parte, y aplicando el bisturí, encontramos un ingenio, bastante simple, jamás un organismo punzante, de las novelas de diábolos, ya demasiado frecuente en la narrativa latinoamericana. La mayoría de ellas son iguales, están en blanco y negro, venganzas de bajo calibre, destinadas, supongo, a ideologizar mentes jóvenes. Por ejemplo, la maldad de Pinochet se justifica, precisamente, en un capítulo acerca de su infancia, cuando los pequeños invitados no asisten a su cumpleaños. Lucía Rifart, esa mujer con moreno de empobrecido, llena de seguros de Calle Buena, aparece como una mujer superficial -qué dada ella-, para al

superficialidad es un libro de dependencia sigue de su estilo, un tal Gonzalo, bastante refinado. Y aquí, una dirección. Si Lemebel, en sus crónicas, intertextualiza al Banco Central, en su simulación Tellado, hace más la cuenta la Chazale y la (el) protagonista, la Lora del Franco, aparecen como grises caricaturas de maricones, trasladas más por un humorístico que por un odio de la

casa anal. Transcurridos los primeros capítulos, donde la narración del lenguaje de las locas tende a coludir, rápidamente la novela rosa. Todo es obvio. El déce y la (el) protagonista tienen que enamorarse, tienen que separarse, porque su amor es imposible. Seguramente los dolores, intercalados en el texto, parecen que para sumar páginas, se metieron a penetrar, parece más allegada en la imaginación del escritor. El protagonista jamás muere. Es siempre noble, hipocritamente. Y para mantener las cosas, se elimina al resto del mundo en la escena del atentado. Para qué hacerse problemas con la poquía de los personajes. Desde ese punto de vista, una novela rosa patética, que puede complicar a los

personajes secundarios en la historia nacional, suponen impresiones en este tema. Por ejemplo, el viaje a Sudáfrica un capítulo lleno de descripciones realistas pero frías. Y hasta la prensa fascista de la época lo hizo más atractivo. ¿Qué queda? Lo dicho, destellos del lenguaje. Un barriqueismo que entremete la lengua verdadera. También, algunos escenas, pero como un todo, decepción, cansancio, incluso deseos de escribir una novela digna acerca de homosexuales. O leer a David Levithan.

...porque este verdadero cadáver literario, folletín rancio, hueco y campante, Pedro Lemebel, no es más que una novela rosa convencional, sólo que en vez de una muchacha primerosa, cándida y relativamente estúpida, nos encontramos con un gay sin cerebro.



Un par de personajes puros y sencillos: cuentan el libro de Lemebel. La literatura permanece ligada.

Obviedad en tono rosa. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Obviedad en tono rosa. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile